

RED DE ESTUDIOS SOBRE HABITAT RURAL

IMÁGEN+PALABRAS NARRAR EL PAISAJE



RED DE ESTUDIOS SOBRE HABITAT RURAL

IMÁGEN+PALABRAS NARRAR EL PAISAJE

Coordinadora

Noelia Cejas (CEVE AVE CONICET)

Autores

Cecilia Quevedo (IECET UNC CONICET)

Juan Lagarejo (IECET UNC CONICET)

Ana Garay (INDES UNSE CONICET)

María Rosa Mandrini (CEVE AVE CONICET)

Daiana Geremía (IECET UNC CONICET)

Fernando Vanoli (CEVE AVE CONICET)

Guadalupe Huerta (CIECS UNC CONICET)

Macarena Maguna (INDES UNSE CONICET)

Mario Riso (UCC)

Noelia Cejas (CEVE AVE CONICET)

Imágenes

Son de producción de lxs autorxs

Narrar el paisaje : imagen+palabras / Cecilia Quevedo
... [et al.] ; Compilación de Noelia Cejas. - 1a ed. -
Córdoba : Asociación Vivienda Económica- AVE, 2025.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-48661-6-5

1. Hábitat Rural. 2. Fotografía. 3. Estudios Sociales. I.
Quevedo, Cecilia II. Cejas, Noelia, comp.
CDD 779.092

CONICET



ISBN 978-987-48661-6-5



9 789874 866165



INTRODUCCIÓN

Esta publicación surge de un interrogante y una propuesta: ¿Desde qué cartografías-otras podemos narrar fragmentos de un paisaje? Tras la inspiración que nos produjo un texto (*) compartido en el grupo de lectura de la REDHAR, nos propusimos un ejercicio de exploración y escritura abierta. La premisa era simple: nadie sabía exactamente cómo sería el resultado, y en esa incertidumbre residía la libertad.

El material compilado en esta edición es efecto de ese proceso. Es una colección de imágenes+texto donde la fotografía actúa como el ancla al territorio y el texto como el mapa que da paso a una mirada singular.

(*) Mensa, Cecilia (2023). La crianza de la vida en el rancho. Conversaciones con la tierra y reconfiguraciones neocoloniales en el monte catamarqueño. [Tesis de Doctorado en Ciencias Humanas, Mención en Estudios Sociales y Culturales, Universidad Nacional de Catamarca].

Fot.: Noelia Cejas



Pivot

Un alambre divide la sed en dos. A un lado, la soja, la promesa de progreso y los beneficios a corto plazo de unos pocos; al otro, comunidades campesinas que insisten en habitar territorios de los que “sus dueños”, “los que saben”, los expulsan de diferentes maneras.

La tierra y el agua no hacen distinciones de propiedad, pero el alambre sí.

Esta línea de hierro no solo divide el espacio, sino que organiza futuros posibles. ¿Quién tiene derecho a quedarse? ¿Quién puede criar animales, plantar, caminar por ahí? ¿Qué relaciones sujeto/objeto se extienden a quién y a qué?

Noelia Cejas

Fot.: Cecilia Quevedo

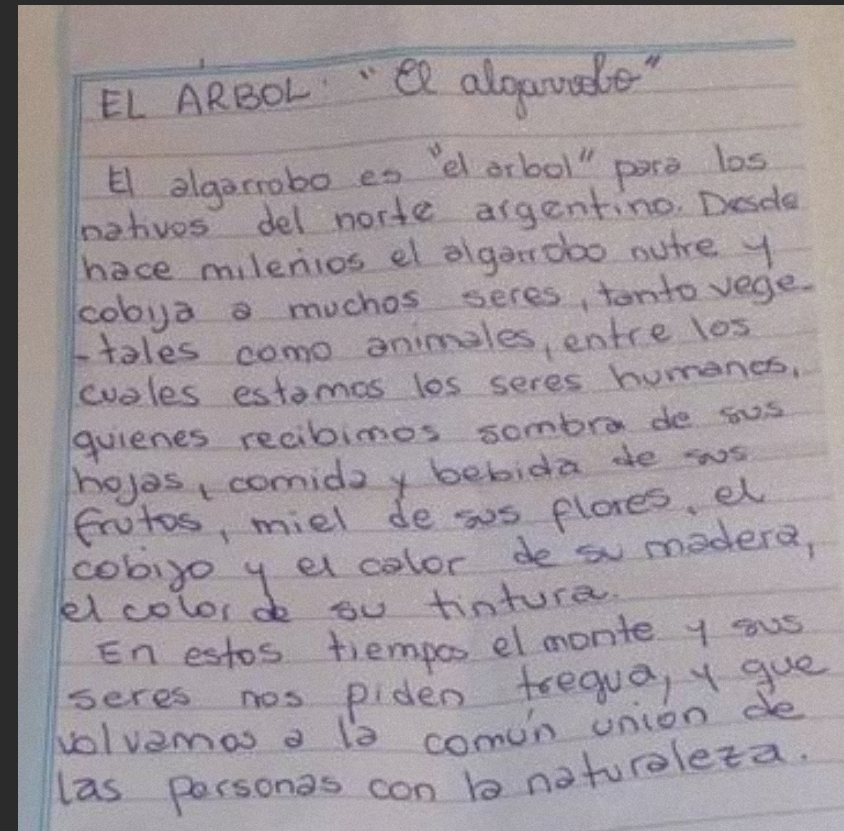


Rancho y casa-caja

La vida urbana es fragmentaria y se emplaza en cuadrículas. La casa del Estado se tensiona con el rancho. Como si los árboles interpretaran esa fractura y la tiñeran, detrás del rancho hay un árbol reverdecido y detrás de la casa-caja, uno seco. Completan la imagen una letrina pequeña hecha con ladrillos, en el fondo, y el sitio demarcado con palos a pique y alambre que separa del terreno de la familia del lado. El patio limpio es siempre lugar de encuentro y está al fondo, es inseparable del rancho.

Cecilia Quevedo

Fot.: Juan Lagarejo



(*) Escrito de Graciela Ordoñez, de Rayo Cortado (Córdoba), quien integra el Colectivo de Mujeres del Chaco Americano

Cartografía del chañar

Córdoba, 2025. 97% del bosque nativo deforestado. Es primavera y un chañar se pone amarillo. Su capacidad de florecer es un recordatorio de que aún queda monte por defender. Es una imagen potente para pensar las formas de la vida que persisten frente al abandono y las lógicas extractivas.

Observarlo invita a leer el paisaje como territorio político donde se inscriben relaciones de poder, memoria y cuidado.

El chañar encarna prácticas comunitarias y constructivas, saberes medicinales y alimentarios que representan otros modos de vida. Su floración se vuelve un gesto político: una afirmación de existencia frente al despojo.

Mirar al monte desde esa perspectiva nos permite comprender que allí donde florece el chañar también se disputan sentidos sobre la vida, el trabajo y lo común.

Juan Lagarejo

Fot.: Popi Mandrini



El tiempo sin tiempo
El tiempo de criar,
El tiempo del cuidado,
El tiempo del alimento,
El fuego
El fuego no se apaga nunca
“no, no dejen apagar el fuego,
el fuego tiene que estar siempre vivo,
prendido eso significa que en esa casa no
falta nada cocina, fogón, fuego”
Toma lo que viene del monte, lo ensambla en
el habitar (Menzo, 2023)
Toma al monte
Lo ensambla en el habitar
Lo hace habitar
Lo vuelve monte

El fuego se convierte en un indicador material y simbólico de la resistencia en el habitar campesino. La razón para mantenerlo encendido es que "eso significa que en esa casa no falta nada". Esto vincula directamente al fuego encendido con la ausencia de carencias, haciendo del cuidado del fuego un acto de reproducción de la vida.

El habitar como un proceso de interacción con el entorno natural, el monte, representa una relación de transformación mutua. La vivienda campesina no es una estructura aislada, sino una extensión del monte, donde los límites entre lo cultivado, lo construido y lo natural se desdibujan.

El valor de la sobriedad (Benjamin, 2022) puede comprenderse en el uso eficiente y no excesivo de los recursos tomados del monte, asegurando la continuidad y resistiendo a la acumulación. El mantener el fuego, representa una sobriedad que permite la sostenibilidad de ese ciclo de vida y la permanencia del "tiempo sin tiempo".

Popi Mandrini

Fot.: Ana Garay



“Mire donde mire, veo ranchos abandonados”

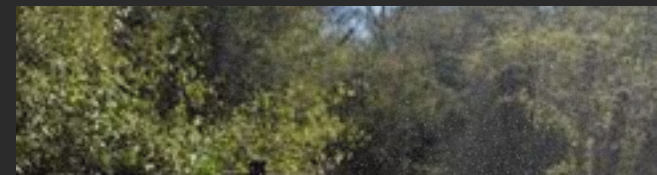
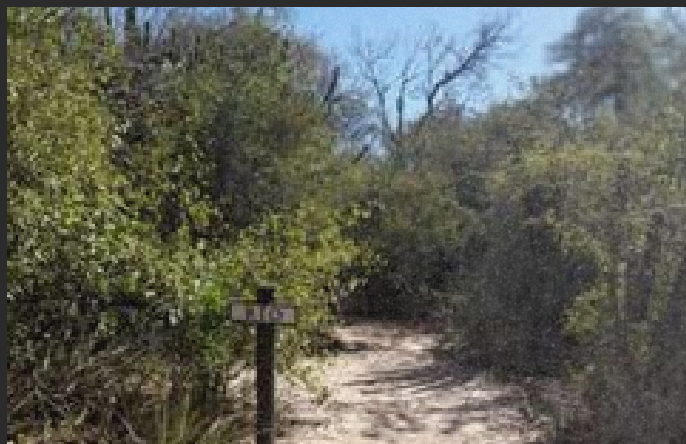
A lo largo del camino, entre Santiago y Catamarca, pude ver muchos ranchos abandonados. Estas paredes de tierra, que se funden con la inmensidad del paisaje que lo circunda, se mantienen en pie como muestra del desarraigo, del traslado de sus habitantes hacia otros territorios. Quién sabe quiénes eran, dónde fueron, qué motivaciones tuvieron, y que dejaron atrás... su historia, sus costumbres, sus modos de vivir y de habitar.

La cercanía con la ruta, me lleva a pensar en cierta irrupción de la misma en la vida cotidiana de esta familia y estos territorios. Los automóviles a alta velocidad son generalmente poco compatibles con la cría de animales a campo abierto, sin límites definidos.

¿Fue deseado o impuesto? ¿Cómo habrá sido esta imagen con las familias en ella? ¿En qué condiciones habrán habitado estos territorios? Son algunas preguntas que me surgen al transitar este recorrido.

Ana Garay

Fot.: Cecilia Quevedo



Los nuevos cotos de caza

Los cercamientos actuales se presentan con nuevos ropajes. Son como las salamancas santiagueñas y nos cuesta verlas a simple vista. Aparecen como las mismas prácticas reguladas y controladas, pero para proteger selectivamente animales, bosques y ríos, no para matarlos ni secarlos. En un parque nacional y sus alrededores el territorio está muy organizado y formalizado. Monte, letrero y huellas de turistas. Operan bajo planes de manejo que buscan conservar las poblaciones, manteniendo así un equilibrio entre el extractivismo feroz de la región y los ecosistemas del chaco seco. También ofrecen servicios adicionales que le aportan un poco de snobismo: el glamping. ¿Qué es lo que se caza hoy en estos espacios?

Cecilia Quevedo

Fot.: Fernando Vanoli



Sombras y luces

La sombra de un algarrobo dibuja el umbral de una galería.

Una galería que se mueve con el viento y con el sol a lo largo del día. A lo largo de las estaciones, con una sombra más o menos densa.

Esta galería natural forma parte de la vida cotidiana. Es un lugar para trabajar, almacenar, descansar y jugar?. Bailar? conversar? no hacer nada?

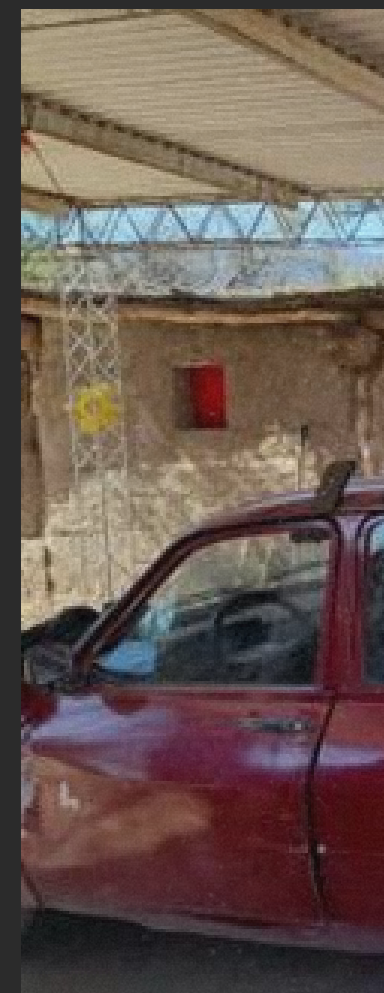
En la foto hay muchas cosas. Algunas las dio el monte, otras algún corralón en el pueblo o alguna política pública. Todo sirve, todo tiene una razón de ser, aunque el ojo externo solo vea desorden. ¿Cuál es el orden? ¿Cuál es la orden?

En estos paisajes del hábitat rural, la arquitectura parece estar ligada en parte a los ritmos de los materiales, los animales, las estaciones. Los cuidados? Los afectos?

Estructuras, andamiajes, tramas más que humanas.

Noelia Cejas

Fot.: Cecilia Quevedo



Las máquinas

Los tiempos se mezclan y se combinan con el paisaje. El Renault 12, los celulares, el tinglado y el rancho se traman con la sierra de fondo. Todas son innovaciones técnicas valiosas para los allí reunidos. Ellos las admiran y las necesitan por igual. A la siesta las movilidades se aquietan y se evidencia el mito de la conectividad. Hay señal solo en un punto exacto. En el noroeste cordobés, el viento es el único que gana velocidad aunque el guadal es apaciguado por una escasa lluvia reciente. Le siguen las visitas, que se van con bastante rapidez para romantizar el paisaje desde la ciudad y las oficinas estatales.

Cecilia Quevedo

Fot.: Daiana Geremía



La resistencia y el ingenio

La casa como hábitat en el que la vida se despliega,
en donde la vida resiste y se celebra.

Las pequeñas victorias se convierten en luces, que
buscan iluminar las sombras, las penurias.

El conocimiento del viento y del sol, del monte y de la
tierra,

son maneras de ser con el entorno que permiten
comprender otras formas de vivir, de replantearnos
todas las respuestas que nos son dadas, apátridas,
cerradas, sin historias.

Daiana Geremía

Fot.: Fernando Vanoli



En los años treinta, un grupo de arquitectos escribió un manifiesto en el que declaraban la urgencia de un plan regional. Era la época en que las vanguardias modernas aterrizaban en la Argentina con fe en el orden, el progreso y el hormigón. La propuesta era simple, casi ingenua: urbanizar la ruralidad. Llevarle ciudad al campo como quien lleva luz a la oscuridad. Había que domesticar la naturaleza: modular corrales, jerarquizar patios, construir bloques de vivienda para nuevos campesinos domesticados. El campo debía parecerse a la ciudad, aunque siguiera oliendo a tierra. Lo urbano es el modelo civilizatorio, la forma visible del progreso humano, el espacio conquistado donde la naturaleza, al fin, guarda silencio.

Desde entonces, esa mirada se volvió rutina. Las políticas públicas siguieron planificando el territorio con la misma plantilla: más ciudad, menos campo habitado. Un reflejo que traduce toda diferencia en carencia, que borra las mezclas, los bordes, las idas y

vueltas. Como si el territorio fuera un mapa en blanco esperando ser cuadriculado. Como si planificar para vivir mejor solo fuera posible a través de una única idea de orden puro y lineal.

León Gieco canta, “en Buenos Aires los zapatos son modernos, pero no lucen como en la plaza de un pueblo”. Hay otro orden, otras jerarquías, otra escala de valores. En esa diferencia mínima en cómo se gasta un zapato, en cómo se habita una plaza, se filtra otro modo de estar en el mundo. Las ruralidades no son una falta: son otros tiempos, otras maneras de vincularse con el entorno, con los cuerpos, con la vida. Las urgencias siguen vigentes, aunque el progreso no está en seguir urbanizando la tierra, sino en aprender de esas diversidades que el mapa quiso volver homogéneas; en reconocer que hay muchas formas de vivir bien, y que no todas tienen las mismas veredas.

Fernando Vanoli

Fot.: Guadalupe Huerta

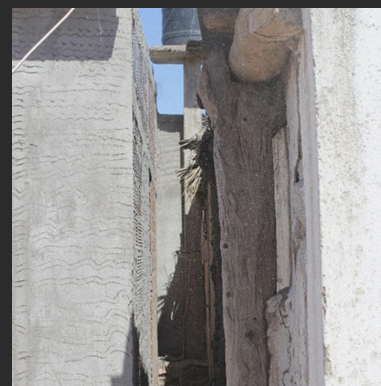
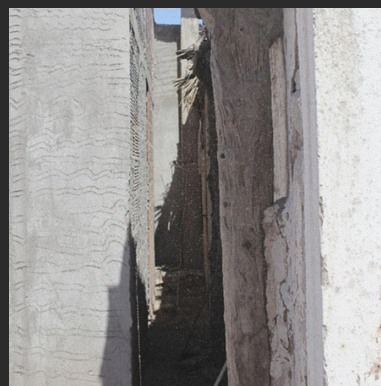
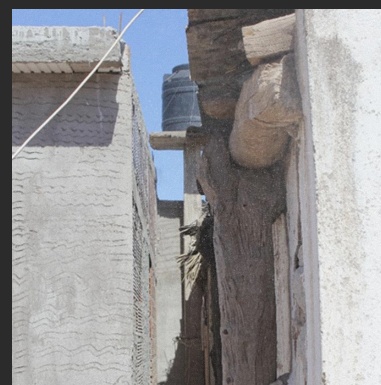
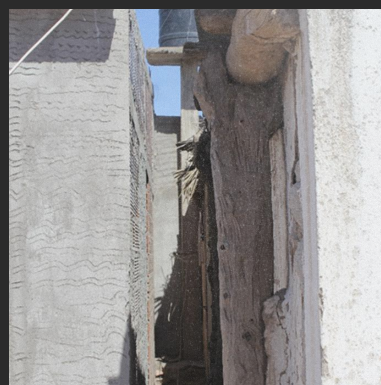
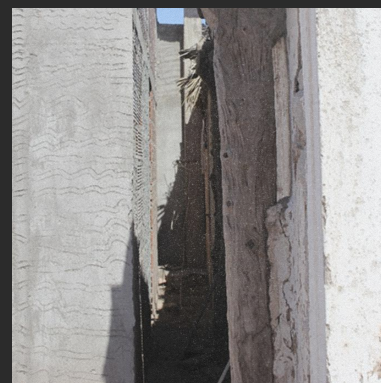
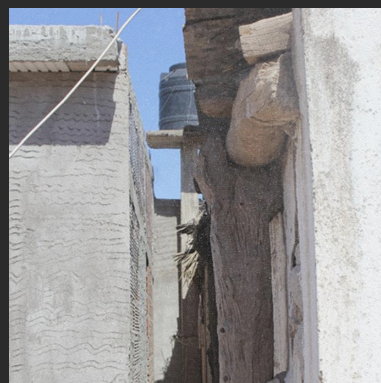


¿Qué formas de conocimiento se tejen en el hábitat rural, en esos gestos cotidianos de cuidar una planta, de mirar el cielo, de esperar el fruto? ¿Qué saberes nacen del cuerpo, del territorio, de esa trama que se sostiene entre generaciones y se transforma con el clima, con la tierra, con el tiempo? se conoce en el hacer, tocar, oler, probar, escuchar. Y en ese hacer compartido, se renueva una forma de habitar el mundo que pone en el centro la reproducción de la vida.

El diálogo con la ciencia, se despierta y habilita una pausa, que abre espacios de diálogos y reflexión en co-labor, en afianzar esa articulación entre lo situado y lo ensamblado, de modo que no sea un cruce de caminos, sino un movimiento constante, un ir y venir entre la experiencia viva y la necesidad de comprenderla.

Guadalupe Huerta

Fot.: Macarena Maguna



La primera vez que noté este espacio existente entre una vivienda de tierra y una de materiales industriales me llamó la atención la proximidad entre ambas construcciones, es como si la familia se estuviera despidiendo de la casa ancestral pero no quisieran despegarse por completo de ella. En la amplitud rural, que pareciera inmensa para cualquier ciudadano, y con las múltiples posibilidades de ubicación para la nueva construcción, la elección es separarse un metro (o menos en ciertas ocasiones) y, en algunos casos, imitar las mismas proporciones de la vivienda antecesora. Se trata de un umbral de transición, donde los huecos que se abren en las paredes enfrentadas permiten la movilidad de una casa a la otra, no sólo de manera literal sino también simbólica.

Macarena Maguna

Fot.: Mario Riso



La extrañeza era total. Andar por allí recorriendo escuelas durante días y luego parar en el chorro. El ambiente fresco, el otoño avanzado, el cansancio, los guadales dejados atrás y ese chorro que ahora golpea en la espalda. Agua caliente en medio de la tierra salada. No hay hojas de colores en el suelo, no hay nada romántico en el paisaje según el sesgo llano y húmedo. Unos cientos de kilómetros y ya nada es igual. En verano se siente como si la tierra ardiera. Es el salar, sin duda es el salar, digo. Ensayo alguna explicación para calmarme: es que cosecha calor todo el día y sopla implacable desde la gran salina, nada lo apaga, es enorme, nunca nada podrá apagarlo, este paisaje no es domesticable, repito incansablemente. Claro, no lo percibo sólo yo, también lo hizo Zelarrayán en la Gran Salina en 1972, si no, cómo pudo escribirlo:

*“La palabra misterio hay que aplastarla
como se aplasta una pulga,
entre los dos pulgares.
La palabra misterio ya no explica nada.
...Nunca he visto
nunca he podido imaginarme
la lluvia cayendo sobre la Gran Salina.
Aún hoy intento,
apartando las cosas de la mesa
o ahuyentando amigos,
imitar, imaginarme, la lluvia sobre la Gran Salina.
Tomo una plancha caliente y le salpico gotas de agua.
Pero aunque pueda imaginarme todo,
nunca podré imaginarme
el olor a salina mojada”*

Es que, es eso, me digo ahora. No se puede imaginar el olor del agua caliente perdiéndose sobre la gran salina

(...)

Si te digo: “imagina el olor del agua caliente y salada sobre esa tierra seca y caliente por dentro y por fuera. Imagina lo extraño, lo otro, siéntete un extranjero a 180 km de casa. No, no se puede imaginar. Salvo que estés en aquella bañadera ahora piletón, atisbo de un más extraño futuro turístico aún.

Claro, es más extraño todavía, repito. De pronto muchos otros seres practican su animalidad bajo el chorro, pero ahora con pulserita de club. Y allí estamos, como si nada pasara mientras dos caballos se hunden al medio de la laguna y arrancan algas del fondo. Antes, al menos, el extranjero era sólo yo.

Me preocupo, porque intento escribir sobre un paisaje y elijo el que menos comprendo, el que creo que nunca podrán domesticar y tampoco podré a través de una serie de renglones desaparejos. Es que no puedo evitar a Zelarrayán que trazó este poema en un libro que llamó la obsesión del espacio. En el poema habla de la locomotora y de las vías del tren que llevan la sal.

Habla de un jet que deja una sombra oscura cada vez que pasa sobre el manto blanco de la gran salina.

Insisto, todo aquí es incomprensible, cómo van a hacer para domesticarlo. Pienso si debo citar ideas, si debo ser exacto o estricto y me respondo que no.

Una vez crucé en avión desde Tucumán hacia Córdoba y logré identificar algunas regiones dónde estuve

alguna vez. Sin embargo, desde arriba sólo pensé en la sombra del avión sobre la gran salina y en su gente que dispara a los aviones, porque según dicen, dispersan las nubes y por eso no llueve. La vista aérea es nada al lado de la inmensidad de la cancha de fútbol que está a la salida de la fuente termal. Como si faltara agregarle algún factor a la extrañeza, una cancha de fútbol. No requiere cortes de pasto, la tierra cruje al pisar, solo basta jugar de vez en cuando para mantenerla y hasta tiene una tribuna de madera desvencijada por la sal y ese sol implacable. La tribuna y los arcos dan fe de los partidos jugados, y menos comprendo aún. Es que el poeta me ha inoculado contra la solemnidad. Es que leí hacia el final del verso “Toda el agua del mar no bastaría para lavar una mancha de sangre intelectual” Y entonces no puedo intentar atrapar lo incomprensible poniéndome serio, no basta y nada alcanza. Sólo deseo que este lugar siga siendo indomable, animal, inimaginable, que se llene de chanchos del monte, de caballos salvajes y que todos, de un momento para el otro, estemos allí en el agua sin poder marcar con claridad los límites. No podrán domesticarlo nunca, me digo una vez más, mientras sé que sí, que aislando la normalidad lo intentarán, pero nunca sabrán de la gran salina.

Mario Riso



RedHaR

Red de Estudios
sobre Hábitat Rural

